

¡Alégrense! Es un mandato

Dostoievski hace gritar a uno de sus personajes en los Hermanos Karamazov: “Amigos míos, no pidáis a Dios el dinero, el triunfo o el poder. Pedidle lo único importante: La alegría”. Pero, como sólo pedimos a Dios riquezas, triunfos y éxitos cumplidos, perdemos la alegría. Estamos enfermos de tristezas y nostalgias. Nos hemos embriagado de cosas y hemos perdido la única fundamental: La felicidad.

El Profeta Sofonías invita a dar gritos de alegría. Y lo hace porque Dios está cerca, porque su amor nos renueva y, lo más expresivo, se ha vencido el miedo. Son maneras de decir nuestra alegría o, de saber si nuestra alegría es verdadera: Su fuente es Dios, su fruto maduro es el amor y su éxito es la superación de todo miedo. Atrás quedan los meros sucedáneos de alegrías pasajeras o de amores superados. El miedo no se va con la alegría.

Pablo es todavía más exigente: “¡Estén siempre alegres!” Y nos plantea la exigencia de que nuestra alegría sea notoria, que se vea, que los demás la sientan, la vivan con nosotros. No una alegría ficticia, sino aquella que tiene el lenguaje exquisito de la bondad. La alegría se derrama desde el corazón. Pablo la traduce por la Paz. Todo corazón pacificado es alegre y en todo ser alegre abunda la paz. Podría ser otro nombre de la alegría: La paz.

Juan le va diciendo a cada gremio lo que debe hacer para construir la paz, para sembrar la alegría: Ser justos, compartir con los demás, no extorsionar a nadie, vivir el gozo de nuestro bautismo. Somos bautizados en el Espíritu, es decir, en la alegría. No hay otro bautismo, sólo aquel que nos da el don del Espíritu, aquel que nos hace testigos de la alegría, o mejor aún, servidores de la alegría. Eso necesita el mundo hoy para rescatar la imagen de Dios en nosotros en esta Navidad.

Cochabamba 13.12.15

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com